

Carácter de Saint-Just. ticos, empero en el seno de la Junta hallábase asociado á otros axagerados republicanos que eran ó mas crueles ó menos desinteresados que él; estos eran Couthon y Saint Just. El primero presentaba el verdadero tipo de un melancólico fanatismo; su simétrico rostro, su mirar adusto y penetrante, su largo y lacio cabello y la tétrica expresion de su semblante, traian desde luego á la memoria la imágen de aquellos frenéticos y entusiastas escoceses de que ha hecho tan viva pintura uno de los ingenos de nuestros días. (1) Sencillo sin ostentacion en sus costumbres, austero en su vida privada é infatigable en su vida pública, mostrabase á la edad de 25 años el mas resuelto de los decemviros por la razon de que era tambien el mas sincero de entre ellos. Apasionado admirador de la República, veíasele siempre ocupando su puesto en las juntas, y jamas careció de resolucion para cumplir las comisiones que cerca de los ejércitos se le encomendáran; á pesar del vehemente amor que profesaba á la muchedumbre, desdeñabase, como Hebert, de imitar sus vicios ó de cooperar á la consecucion de sus deseos. Serdo á todo sentimiento de compasion, pedía el sacrificio de las víctimas en el mismo tono que los recursos para la conservacion de los ejércitos. Las proscripciones y las victorias eran á la vez esenciales para la propagacion de sus principios. Desde los primeros

(1) Burley en las Antiguas Mortandades, por sir Walter Scott.

días en que Robespierre figurara, habíanse adherido á él la identidad de ideas y la fama de incorruptibilidad de que gozaba. De la alianza que formaron engendröse en ellos una desmesurada envidia, una desenfrenada pasion al dominio y una crueldad sistemática é inflexible. (1)

Carácter de Couthon. Couthon era hechura de Robespierre. Su semblante lleno de amabilidad y su cuerpo cuyos miembros estaban paralizados casi ocultaban una alma inflamada por el mas desapiadado fanatismo. Estos tres hombres formaban un triunvirato que se enseñoreó en breve de la Junta, lo cual dió origen á que se atrajese en su contra, por parte de los demas miembros, una animosidad que produjo al cabo su ruina. Pero entre tanto tenían en sus manos las facultades todas del gobierno; si se necesitaba de amedrentar á la asamblea, empléabase á Saint Just; si se trataba de sorprenderla confiábase este encargo á Couthon, y se pulsaba alguna oposicion en aquel cuerpo solicitábase á Robespierre y su temible voz allanaba en breve los obstáculos. (2)

Prodigiosa energía que desplegaron. Para llevar á cabo la regeneracion del cuerpo social, condújose el triunvirato con una gigantesca energía y desplegó una consumada destreza. Por espacio de dos meses, despues de la caida de Danton, dedicáronse afanosamente estos tres hombres á consolidar su poder. Esparcieron

(1) Mign., II, 318, 319.

(2) Mign., II, 319, 320.

sus agentes el terror por los departamentos, y comunicaron el necesario impulso á los clubs jacobinos subalternos, únicas sociedades que hubiesen quedado en pié en aquella sazón en Francia. Hízose dócil instrumento de su voluntad la guardia nacional, por todas partes, y mostróse totalmente dispuesta á coadyuvar á las medidas que dictasen, por sanguinarias que fuesen. Los ejércitos por do quiera victoriosos, sostenian con ardiente entusiasmo su enérgica administración, y entonaban en las fronteras alabanzas en honor del gobierno. Fuertes con el apoyo de tan poderosas corporaciones, dieron principio, con arreglo á su obra de general esterminio, los directores de la revolueion. Espedíanse en la capital las órdenes de muerte, y erigíanse inmediatamente cien guillotinas en cada ciudad y aldea de Francia. En medio del estallido del cañon, de los redobles de los tambores y del toque á rebato, reducíase por todas partes á prision á los tenidos por sospechosos, entre tanto que marchaba la parte juvenil y activa de las poblaciones á la defensa de la patria; en brevè de las quinientas bastillas que se formáran en la estension que comprendian todos los departamentos de Francia, exhalábase los gemidos de una multitud de presos que contenian; no pudiendo ya caber dentro de sus muros, convirtiéronse por todas partes en cárceles provisionales los monasterios, los palacios y los castillos. (1) Las

(1) Pr. Hist., Lac., II, 149. Mig., II, 320. Chateaub., Ess. Hist., Cew., I, 61-63.

mansiones de la alegría, los palacios régios y los altares del Altísimo, se llenaron de víctimas; á pesar de la celeridad con que operaba la guillotina, no podía con bastante prontitud cegar la cosecha que la muerte presentaba por doquier; y llegó á ser tal la aglomeracion de presos en las cárceles, que en breve se declararon en ellas fiebres contagiosas, que acabaron con millares de sus desventurados habitantes.

A fin de mantener en su vigor estas crueles medidas, tomábase el mayor empeño en conservar al espíritu democrático en su mayor efervescencia, en el club de los jacobinos, que era el centro de la acción revolucionaria, por toda la estension de la Francia. Por medio de sucesivas *purificaciones*, que era como se las denominaba, hacíase desaparecer á cuantos abrigasen aun algunos sentimientos de humanidad en su alma, ó que tendiesen á la moderacion, y no iba quedando en la sociedad sino aquellos hombres de hierro en cuyos corazones no existia ni el mas leve resquicio de compasion. El club, de esta manera, llegó al fin á convertirse en una verdadera quinta esencia de la crueldad, y en foco de la mas terrífica energía revolucionaria. Hízose cada dia mayor y mayor su influencia, y Robespierre, al irse acercando al término de su carrera y cuando ya tenia desconfianza de la Convencion y de la Montaña, cifró casi enteramente su apoyo en aquella su selecta reunion de secuaces, cuyos emisarios gobernaban con

absoluta autoridad á la municipalidad y á los departamentos (1).

No tardó en verse aglomerados á los presos, en número de 7 mil, en los lugares destinados en París al efecto, y pasaban de 200 mil los que se hallaban encerrados en todos los puntos de Francia. El estado á que se veía reducido tan excesivo número de reclusos, era necesariamente miserable hasta el último extremo. Los calabozos de la Conserjería, de la Fuerza y del Cabildo, presentaban un aspecto mas horrible que los de cualquiera cárcel de Europa. Todas aquellas comodidades que se habian permitido á los presos de proporciones, durante los primeros meses del terrorismo, fuéronles posteriormente prohibidas. Permitir semejante holgura, decíase era tener demasiada indulgencia para con los ricos aristócratas que de nada carecian en sus posesiones, al paso que el pueblo estaba pereciendo de hambre. De consiguiente estableciéronse refectorios donde todos los reclusos, sin distincion de clases ni sexos, se reunian á tomar un alimento de lo mas ordinario y malsano. A nadie estaba permitido proveerse para sí de mejores comidas, y para evitar la posibilidad de que tal sucediese, hacíase con ellos una minuciosa pesquisa, y se les despojaba del peculio que tuviesen consigo, fuera la cantidad que fuese. Algunos habia á quienes se

(1) Toul., IV, 360. Chateaub., Œw., I, 61, Mig. II, 320.

les negaba hasta el triste consuelo de sobrellevar en sociedad con sus compañeros su infortunio, y al horror que inspira una reclusion solitaria, agregábase el que causa la proximidad de la muerte, que de dia en dia se hacia mas inminente é inevitable. No contentos los opresores con el verdadero terror que difundian entre los presos, servíanse de la ingenuidad de los carceleros para introducir en los ánimos de aquellos una imaginaria zozobra; repetidas veces acontecia que se les interrumpiese durante la noche el descanso con la aparicion de los verdugos, paso que se daba con el único fin de alarmarlos; las pocas horas en que se les permitia dormir interrumpíaseles el sueño con el ruido de cadenas y el rechinado de cerrojos que se agitaban y descorrian con el objeto de que creyesen que se conducia á algunos de sus compañeros al cadalso; y muchas veces la orden de muerte librada contra ochenta reclusos sirvió de pretesto para tener á otros 600 en una horrorosa agonía. (1)

No contento el tribunal revolucionario con la lentitud de las ejecuciones, reunió, para acelerarlas, á una medida extraordinaria. En virtud de ofertas que se hicieron á algunos de los mas viles de entre los reclusos, de que se les concedería indulto, logróse de ellos que declarasen que se tramaba en las cárceles un proyecto de fuga. "Necesitamos." dijole Jouquier Tinville,

(1) Th., VI, 18, 149, 159, 219. Riouffe, 83. Lacs, II, 149. Toul., IV, 358 360.

“de una conspiracion en las cárceles, los caudillos de ella están ya nombrados; nombrar ahora sus secuaces, en la inteligencia de que han de ser de 60 á 100” las víctimas que eligieron los traidores; fueron aquellas que debian ser de la aprobacion de la junta por su rango ó fortuna; pronunciáronse en alta voz sus nombres en las cárceles, y al día siguiente fueron conducidos al sacrificio. (1)

La seguridad de una inmediata muerte y la indiferencia con relacion al porvenir produjeron sus efectos ordinarios en la desventurada multitud de presos. Algunos se entregaban á una taciturna apatía, otros se engolfaban en una hilaridad inmoderada y procuraban hacerse grata la vida aun al pié mismo del cadalso. El poeta Ducorneau compuso, el día antes de su ejecucion, una hermosa oda que cantaron en coro los presos, y que repitieron, con una ligera variacion, despues de hacer espirado su autor en el patíbulo. (1) Otras veces era diferente la escena; en medio de su delirio, los primeros

(1) Otro arrebatado por el transporte del momento, arrojó esta esclamacion en verso improvisado:

“¡Qué grato es, amigos, el momento
En que exhalando el postrimer aliento
Será nuestra amistad inalterable!
¡Cuánto la paz del justo es envidiable!
Jamás el corazón del ambicioso
Logrará poseer don tan precioso:
Venid, verdugos; presto;
El golpe descargad; estoy dispuesto.”

de los reclusos á quienes se destinara el cadalso enagenábanse con el Fedon de Platon y la muerte de Sócrates; en estos últimos instantes deleitábase la imaginacion con la sublime creencia de la inmortalidad del alma. Como estaban en constante agitacion sus afectos, ostentábanse con una extraordinaria vehemencia; la suerte que todos estaban condenados á correr, excitaba en ellos una conmiseracion estremada de unos para otros, y nada hubo que mas admiracion causase á los que lograron libertarse de las cárceles, que la indiferencia con que observaron que contemplaba la especie humana los padecimientos de sus miembros [1].

Desde los puntos mas remotos de la Francia llegaban diariamente á las puertas de la Conserjería multitud de presos, víctimas que despues iban siendo sucesivamente conducidas por secciones al cadalso. La ancianidad y la juventud, unos llenos de vigor y de lozania, y otros estenuados por la desgracia; unos en quienes brillaba la hermosura ó el talento, otros á quienes debiera haber respetables el rango ó la virtud, veíanse entrar, confundidos entre sí, por las fatales puertas. Con exactitud hubiera podido ponerse sobre la fachada de aquella cárcel la inscripcion que fingió el Dante, escrita á la entrada de las regiones infernales.

“Vosotros que pasais estos umbrales.
A la puerta dejad toda esperanza.”

[1] Rioffe, 108, 111. Th., 320.

Con frecuencia acontecia que fuesen encerradas sesenta personas en un dia, y que otras tantas caminasen en la mañana siguiente al patíbulo. Dia y noche se hallaban ocupados los carros conduciendo incesantemente víctimas á la cárcel; arrojábase á ellos sin piedad á la llorosa madre y al tímido huérfano, en union del fuerte y del poderoso; la juventud, la hermosura y el infortunio parecia ser lo que de preferencia eligiesen los asesinos. No fueron en menos espantosa progresion los medios que se pusieron en práctica para despoblar las prisiones. A los principios, el número de personas que diariamente conducia el carro á la muerte, era solo el de 15; en breve fueron 30, y fué despues aumentándose gradualmente el número hasta llegar á 80. Cuando á consecuencia de la caida de Robespierre se suspendieron estas matanzas, habíase dispuesto que moririan 150 víctimas por dia. Habíase practicado un acueducto inmenso, que llegaba hasta la Plaza de San Antonio, donde se arrojaba la sangre de los sacrificios, y en esta opracion estaban empleados incesantemente cuatro hombres. [1.]

Las tres de la tarde era la hora en que se ponía en marcha de la Conserjería la triste comitiva; marchaba con lentitud la escolta por los abovedados pasadizos de la cárcel, y entre la multitud de presos que custodiaba; y los que se quedaban, contemplaban con una constante ansiedad el aspecto de los que iban á tener un fin,

[1] Rioffe, 83, 84. Th., VI, 319.

de que en breve ellos mismos participarían. Las víctimas que pertenecian á las altas clases, manifestaban generalmente serenidad y firmeza; caminaban silenciosamente á la muerte con los ojos fijos en el cielo, temiendo que se leyese su indignacion en ellos. Muchos de los sentenciados, pertenecientes á las clases ínfimas, la nentaban con lastimero acento su suerte, é invocaban al cielo y á la tierra por testigos de su inocencia; pero cuando mas particularmente se conmovian los espectadores, era cuando las víctimas que se habian de sacrificar, eran todas mugeres. Una vez fueron llevadas juntas, á la muerte, catorce jóvenes de Verdun, de la mas peregrina hermosura. "El dia siguiente á esta ejecucion," dice Riouffe, "asemejábase el patio de la cárcel á un jardin, al cual hubiese despojado una tempestad de sus flores." Otra vez tocó á doce mugeres del Poitou, entre quienes las mas eran mugeres de campesinos, ir en el carro; algunas murieron en el tránsito, y los miserables verdugos guillotinaron sus inímites restos; una de ellas no apartó su niño del seno has que llegó al pié del cadalso, donde los verdugos le arrebataron al inocente á quien alimentaba por la vez postrera, y sus ayes de maternal dolor solo tuvieron fin con la muerte. En una de estas estracciones de presos, que se hizo de la cárcel del hospicio de San Lázaro, hubo una muger que declaró estaba en cinta y muy próxima al parto; los empedernidos carceleros la obligaron á marchar, lo cual hizo ella arrojando penetran-

tes gemidos, hasta que al fin cayó en tierra y parió en presencia de sus tiranos (1).

Tantas y tan repetidas atrocidades desterraron de la sociedad el trato y la caridad para con el prójimo. Desde antes de amanecer veíanse sitiadas cada día las tiendas de víveres por multitud de mugeres y de niños pidiendo á grito herido el alimento que en lo general les impedía obtener la ley del *maximum*. Los agricultores temían llevar al mercado sus frutos, y venderlos públicamente. Hallábanse despoblados aquellos rumbos de la ciudad donde antes residia la riqueza: no se veían carruajes transitar ni los corrillos de transeúntes que se solian formar por las calles; las terribles palabras de *Propriété nationale* que se veían escritas con

Espionaje espantoso, que se ejercía en Paris y otras poblaciones.

grandes caractéres sobre las paredes, por todas partes manifestaban hasta qué extremo habían llegado las confiscaciones. Las gentes vacilaban en dirigirse á sus mas íntimos amigos cuando los encontraban; se había generalizado tanto la desgracia, que desconfiaban los hombres aun de aquellos á quienes mas afecto tenían. No habia quien no se presentase con el traje mas ordinario y asqueroso, porque todo el mundo sabia que la elegancia y el aseo habrían sido precursores seguros de su ruina [2]. Solo algunos momentos habia en que se notase alguna animacion, y

[1] Riouffe, 85, 87. Nableau, Hist. de la Maison Lazare, Rev., Mem., XXIII, 226.

[2] Lac., II, 161, 152, Th., VI, 318, 319.

era cuando marchaban las víctimas al sacrificio. Aquellos que abrigaban aun sentimientos de humanidad en sus corazones, apartaban la vista, con horror de semejantes espectáculos; pero las de almas empedernidas se precipitaban en tropel á presenciarlos y á saciar sus ojos, contemplando la agonía de sus semejantes.

No bastaba la calma de la noche para mitigar el sobresalto de los ciudadanos. Recogíanse las familias muy temprano, y con inquieto mirar recorrían la estancia en la cual se hallaban reunidas temiendo que se ocultase dentro del espesor de las paredes algun traidor que las vendiese. El solo eco de una pisada, el rumor de un aldabonazo, el ruido de una voz en la calle, les helaba de terror la sangre. Si ocurría que alguno tocase á sus puertas, cada cual de los individuos de la reunion esperaba con mortal agonía su suerte. Muchos individuos hubo, que no pudiendo soportar ya este prolongado tormento, se suicidaron. "Si hubiese sido de mayor duracion," dice Freron, "el dominio de Rebespierre, un número inmenso de personas se habria arrojado al acero de la gillotina; el primero de los afectos sociales, cual es el amor á la vida, se habia estinguido ya en casi todos los corazones." (1)

Entretanto que se cometian estas atrocidades

(1) Lac., II, 12, Foul., IV, 235, 236. Riouffe, 83. Fréron 49.

Entre tanto, la Convencion dedica su atencion á las virtudes cívicas.

sin ejemplo, ocupábase la asamblea del establecimiento de las virtudes cívicas. Robespierre pronunció un discurso acerca de las cualidades que debian poseer los ciudadanos en las repúblicas. Habló en él de que se celebrasen solemnidades decenales dedicadas al Ser Supremo, á la Verdad, á la Justicia, á la Modestia, á la Amistad, á la Frugalidad, á la Buena Fe, á la Gloria y á la Inmortalidad, Barrera preparó una memoria en que indicaba los medios de que la mendicidad desapareciese, y se socorriese á la clase indigente. Robespierre habia llegado en aquella sazón á su apogeo de popularidad entre los suyos; dábale la denominacion de El hombre eminente de la República, y no habia quien no se deshiciese en elogios de sus virtudes, su ingenio y su elocuencia. (1)

El discurso que en esta vez pronunció Robespierre, fué el mas notable de cuantos durante su carrera pronunciara. “La idea, dijo, “de la existencia de un Ser Supremo y de la inmortalidad del alma, es una incesante apelacion á la justicia; de consiguiente es un principio social y republicano. ¿Quién os autorizó á declarar que la Divinidad no existe? ¡Oh vosotros que con tan vehemente entusiasmo sosteneis tan árida doctrina! ¿qué ventajas esperais sacar de ese principio que se funda en que una ciega fatalidad preside á las cosas humanas, y en que el

[1] Mign., II, 320, 321.

alma no es mas que un soplo que fenece en la tumba? ¿Podrá la idea de la nada inspirar al hombre sentimientos mas puros y elevados que la de la inmortalidad? ¿podrá escitar en él mas respeto para con los demas y hácia sí mismo, le dará mayor esfuerzo para hacer frente á la tiranía, le inspirará mayor desprecio hácia los placeres y la muerte? Vosotros que lamentais la pérdida de un amigo virtuoso, ¿podreis soportar la consideracion de que la parte mas noble de su ser nada será despues de la tumba? Vosotros que llorais los restos mortales de un hijo, de una esposa, ¿podreis abrigar sin affigir, la idea de que una poca de tierra será cuanto quede del objeto de vuestro cariño? Vosotros, infortunados que espirais bajo los golpes de vuestros asesinos, ¿es verdad que con las últimas palabras que exhalais, apelais á la justicia del Altísimo? La inocencia, apoyándose en estas ideas desde el cadalso, hace demudarse en su carro triunfal al tirano; ¿y existiria tal ascendiente, si el sepulcro nivelase al opresor con su víctima?

“Observad como desde las épocas remotas procuraron los tiranos sofocar la idea de la inmortalidad del alma; con qué arte César cuando defendió en el senado de Roma á los cómplices de Catilina, se esforzó por cubrir de dudas la inmortalidad de ella, en tanto que invocaba Ciceron la cuchilla de la ley y la venganza de los cielos. Sócrates, á los umbrales de la muerte, discurria con sus amigos sobre este sublime mis-

terio; Leonids, en las Termópilas, la víspera de poner en ejecución el designio mas heróico de cuantos concibiera jamas el hombre, invitó á sus compañeros de armas para un banquete en la otra vida; los principios de los estóicos produjeron un Bruto y un Caton en épocas en que totalmente se iba estinguendo la virtud en Roma; ellos fueron solos quienes dejaron bien puesta la dignidad de la naturaleza humana que casi habia hecho desaparecer los vicios y la corrupcion del imperio.

“Los Enciclopedistas, esos hombres que introdujeron la espantosa doctrina del ateismo, siempre se mostraron, en política, inferiores á la dignidad de los libres; en moral traspasaron igualmente los límites de la razon. Declamaban sus sectarios contra el despotismo; y sin embargo recibian las pensiones que les señalaban los déspotas; alternativamente introducian en sus piezas dramáticas relaciones contra los reyes, y componian madrigales en elogio de sus mancebas; ostentábanse furiosos en sus escritos contra los grandes, y arrastrábanse en sus antecámaras. Esta secta propagó, con infinito empeño, los principios del materialismo; á ella debemos aquella filosofía soberbia que redujo á sistema el egoismo, que hizo considerar á las sociedades humanas como juegos de dados en los cuales el buen éxito era la única diferencia que existiese entre lo justo y lo injusto, á la probidad como materia de gusto ó elegancia, y al mundo,

en fin, como patrimonio de los mas diestros de entre los malvados.

“El clero se ha figurado con Dios á su propia imágen; le ha hecho zeloso, caprichoso, cruel, zodiacoso, é implacable; le ha erigido un tronó en el cielo del cual le ha hecho su palacio y no le ha traído á la tierra sino para exigir en nombre de él y en provecho propio diezmos, riquezas, placeres, distinciones y poder. El verdadero templo del Ser Supremo es el universo; su verdadero culto, la virtud; sus solemnidades son el júbilo de un gran pueblo que bajo sus ojos se reúne para establecer los vínculos que forman los efectos sociales, y presentarle el homenaje que corazones puros y agradecidos le tributan.” En medio de los aplausos que produjeron estas elocuentes palabras, decretó por Mayo 7 de 1794. unanimidad la asamblea que reconocia la existencia del Ser Supremo, y la inmortalidad del alma, y que el culto mas digno del Altísimo era la práctica de las virtudes sociales. (1)

El discurso que dejamos citado, es notable no solo porque nos hace ver cuales eran las ideas religiosas de un memorabilísimo actor durante los mas sanguinarios periodos de la Revolucion, sino aun porque envuelve en sí una leccion moral mas importante quizá que cuantas otras nos presenten toda la época revolucionaria. Era el primer caso que se viese en los anales de la espe-

(1) Th., VI, 246.—251.